

POR ORLANDO MÁRQUEZ

YA ES TIEMPO

ES EVIDENTE QUE, EN EL *diferendo Cuba-Estados Unidos, los políticos no siempre han considerado los intereses de la población. Paradójicamente, al defender posturas políticas que deberían proteger a los ciudadanos, en ocasiones han llegado a afectar a buena parte de ellos, pues en medio del enfrentamiento entre ambos países existe un conjunto humano que vibra entre la desesperanza y la desilusión, la separación y el reencuentro, el cariño y la violencia, mientras grita, sin ser escuchado, para que este conflicto termine y, por cierto, ya es tiempo.*

Mis primeros recuerdos sobre el asunto se remontan a los actos políticos y matutinos de primaria en Ciudad Libertad, sobre un incidente con unos pescadores: alguien que vivía en Estados Unidos los había secuestrado mientras realizaban su faena y estuvieron varios días por allá, al final los soltaron y regresaron a Cuba, como héroes regresaron. Después los vi en la televisión, vi sus fotos en el periódico, también en el semanario **Bohemia**, y en la *matinée* del domingo, en el cine Alba, los volví a ver en el noticiero ICAIC. En mi mente infantil, necesitada de síntesis y simplificación, comencé a definir aquello de la forma más rápida posible para poder entender. Como en las aventuras y los muñequitos, el mundo se me dividió en malos y buenos. En ello también me ayudaban mi maestra «makarenko» con sus charlas sobre el imperialismo -término nuevo para mi-, y el matutino, donde un niño leía de vez en cuando un texto escrito en un papel que le entregaba algún maestro...ahora recuerdo que hasta yo una vez leí uno de esos textos, pero no puedo recordar qué fue lo que leí.

Durante todo aquel tiempo, una serie de acontecimientos graves, de los cuales entonces no era consciente, y otros que no viví, fueron definiendo una manera de comportarse en la población cubana que todavía deja ver sus huellas, también sus heridas. Desde los ametrallamientos y bombardeos por aviones que venían del norte, pasando por la crisis de los misiles nucleares, hasta la situación precaria en que se veían envueltos los que deseaban abandonar el país o decidieron

actuar abiertamente como opositores, siendo todo ello alimento de un fuego que de forma creciente iba envolviendo las relaciones entre las dos naciones. Dos países que pertenecen a la civilización occidental e inevitablemente comparten las fronteras marítimas y hasta el huso horario, han vivido en un estado de guerra no declarada donde los tiros no han faltado, ni las bajas ni los daños económicos. No han faltado tampoco, he aquí lo más terrible, el daño moral y humano que han sufrido dos generaciones de cubanos...

Para los cubanos, crecidos escuchando un lenguaje de guerra y resistencia ante el imperio; en una sociedad de familias divididas por la separación; mudando tallas de ropas y zapatos en medio de movilizaciones militares que nos salven de la inminente agresión militar; enviando mensajes escondidos al hermano que se fue; incapaces de comprender por qué Estados Unidos mantiene relaciones plenas con países con características similares a las que aquí vemos, sin poder discernir quién es culpable si algún desdichado no logró su objetivo de ver a su familiar aquí o allá; sin neuronas suficientes para asimilar la proposición de que «yo cambiaré cuando el otro cambie»; atontados de escuchar los más variados, contrapuestos, e imprecisos conceptos de democracia -que en esto nadie lo tiene todo claro, ni en el norte ni en el sur, ni en el este o el oeste-; entonces, para los cubanos, tal vez nos asista el derecho de preguntarnos: *¿por qué?, ¿hasta cuándo?* ¿No es acaso más civilizado encontrar ya el momento y el lugar para sentarse a resolver los

problemas? ¿Qué actos pueden esperarse de la población si los responsables de las naciones, y del bien común, se resisten a sobreponerse al pasado y se muestran incapaces de dialogar y resolver problemas de vecinos? Ciertamente que los problemas son antiguos, tanto como un siglo o más, y que no todo el que tiene influencias muestra interés por resolverlo.

¿Qué se traicionaría si ambas partes dieran el paso para el encuentro necesario? ¿A quién traicionó Nelson Mandela cuando tomó la iniciativa y se sentó a conversar con los líderes del «Apartheid», aquellos hombres que representaban al «enemigo común», culpable de tanto dolor del pueblo sudafricano? ¿A quiénes traicionaron Rabin y Arafat cuando acordaron firmar la paz? A los intolerantes tal vez, pero en realidad los intolerantes *se sintieron* traicionados, *no fueron* traicionados, pues en su limitación no fueron, y no son, capaces de ver más allá de sus envejecidas posturas. Con frecuencia se hecha mano al dolor causado, sin darse cuenta que de esa forma solo se alarga y se multiplica el dolor. Aquellos hombres más bien demostraron al menos cuatro cosas: primero, ser hombres valientes, que asumieron su posición en tiempo y espacio; segundo, que la esperanza se puede rescatar; tercero, que es posible y necesario ver en el oponente a otro yo; por último, que hay un futuro del cual eran responsables pero no les asistía el derecho de condenarlo al sufrimiento cargando con los dramas del pasado. No se es político solo para los votos o los aplausos. Hay una mayoría que se extiende más allá de los colaboradores más cercanos y de las ideologías partidistas, que pocas veces opina, que sufre y desespera, mientras quiere mantener la esperanza en que los responsables se acuerden que ella existe. La grandeza del político no está precisamente en la consecución del objetivo personal aislado, sino en procurar la confluencia de todos, o de tantos como sea posible, en bien de la sociedad, y ser político hoy, es aceptar ser político a escala global, por tanto se debe pensar más allá de las fronteras nacionales.

Como católico me satisface la postura del Papa Juan Pablo II durante su reciente visita a Cuba. El Santo Padre demandó que Cuba se abra al mundo con sus magníficas posibilidades y que el mundo se abra a Cuba. Lo hizo en la forma que le corresponde, como Pastor de la Iglesia y como Jefe del Estado Vaticano, y lo hizo públicamente, con la fuerza de la autoridad moral que le asiste.

Con el reciente anuncio hecho por parte de Estados Unidos, de algunas medidas que beneficiarán tanto a cubanos residentes en aquel país y en Cuba, ha renacido cierta esperanza. Para quienes desean el fin de esta tragedia, es motivo de alegría. Es un buen paso del Presidente Clinton, y deseamos creer que otros pasos se darán, que la época de guerra fría termine ya para los cubanos y los norteamericanos; que Cuba dé pasos positivos también, como ocurrió con el indulto de prisioneros, y que no se condicionen más los actos interiores a las malas relaciones que existen con Estados Unidos.

No faltarán quienes se rasguen la vestidura. Incluso en ámbitos cristianos o católicos, no faltan los que rechazan una condena al embargo o bloqueo -da igual el nombre si lo que importa

son las consecuencias. No faltan las ofensas si algún miembro de la propia Iglesia Católica desapruueba tales medidas, máxime si lo hace algún miembro de la jerarquía cubana. Pero la motivación no es otra que la inspiración cristiana, una ética que rechaza todo cuanto divide o enfrenta la comunidad humana.

Es esta misma razón la que hizo posible que el Cardenal Bernard Law, Arzobispo de Boston, se refiriera en términos críticos a la política que mantiene Estados Unidos para Cuba, en un discurso pronunciado ante la Academia Americana de Artes y Ciencias el pasado 13 de marzo, haciendo incluso una valoración moral del asunto: *«Es imposible apoyar razonablemente el embargo contra Cuba al mismo tiempo que se concede el estatus de Nación más favorecida a la República Popular China, y se dan pasos hacia unas relaciones más estrechas con Vietnam. Ambas naciones tienen un récord deplorable en asuntos de derechos humanos en general y específicamente en cuanto a libertad religiosa. Si la apertura es con el propósito de lograr mayor libertad en aquellos países donde el cambio no es tan evidente, ¿por qué un criterio diferente es aplicado a Cuba, donde el cambio es evidente?»*

Para el Cardenal Law, la visita del Papa y su preparación, sus encuentros con el Presidente, las misas públicas antes y durante la visita, la puesta en libertad de cerca de trescientos prisioneros, entre otras cosas, son cambios tangibles. No suficientes pudiera decirse, pero cambios reales que también aprecio. Va más lejos el Arzobispo de Boston cuando apunta: *«No hay justificación moral para el actual embargo. En términos de efectividad, como agente de cambio, ha probado ser un fracaso completo. Los más escandalosos aspectos del embargo, específicamente los referidos a la venta de alimentos y medicinas, deben ser levantados inmediatamente...Lo que se necesita en Cuba es poder adquirir alimento y medicina en Estados Unidos. Concentrarse simplemente en facilitar donaciones caritativas de alimentos y medicinas es insuficiente. (...) El cambio está ocurriendo en Cuba. La pregunta es: ¿tenemos nosotros la voluntad política y el coraje moral para cambiar?»*

Ya no voy a los actos políticos de Ciudad Libertad. Ahora son mis hijos quienes asisten a los matutinos y me han preguntado «quiénes son los yanquis que nos quieren atacar». Les explico quiénes son los ciudadanos de Estados Unidos, y que no hay razones mayores para esperar que se produzca una guerra -al menos militar-, trato de hallar las mejores palabras para explicar porqué no hay relaciones normales entre los dos países. Me doy cuenta que ya crecen oyendo hablar de enemistad...No quiero para ellos el lenguaje de guerra, no quiero que conozcan de «gusanos» y «traidores», no quiero que vean «mítnes de repudio», ni «marieles», no quisiera para ellos las leyes duras hechas por los duros de otros países. Les deseo lo que cualquier padre puede desear para sus hijos, no el paraíso terrenal, pero sí un mundo más amante de la paz, solidario y respetuoso. Señores políticos: ¿es mucho pedir? □